

Vicente Gerbasi

# Raigambre Lírica

Gerbasi, Vicente: "Los colores ocultos", Caracas, Monte Avila editores, 1985, 107 pp.

A comienzos de 1985, la editorial Monte Avila publicó el hasta ahora último poemario de don Vicente Gerbasi: *Los colores ocultos*. En la solapa del libro se hace una aclaratoria: éste se edita como un homenaje a los cincuenta años de trabajo poético de su autor. Lamentable es, entonces, que dicho homenaje no haya recibido una más adecuada respuesta de parte de nuestro medio intelectual. La indiferencia (¿ignorancia, acaso, sobre su existencia?) ha caracterizado la recepción. No es rara esta mudez o sordera frente a obras y autores cuyos méritos no merecen, desde luego, silencio ni ignorancia.

Gerbasi es uno de nuestros más grandes poetas vivos. Rastrear su obra significa remontarse a la época del grupo Viernes, en los finales de la década del treinta. El, junto a un grupo de jóvenes poetas (José Ramón Heredia, Oscar Rojas Jiménez, Pascual Venegas Filardo, Otto de Sola, Pablo Rojas Guardia), inician un momento renovador en la poética venezolana. Intentaron insertar en nuestra tradición nuevos temas y formas, ambos relacionados con el espíritu de la modernidad. Los "viernistas" se proponían ser modernos. Querían, por sobre todo, universalizar lo venezolano, identificando al lenguaje de lo nacional con el de un mundo entendido como patrimonio de todos.

Desde aquellos años algunas constantes fueron definiendo la poética de Vicente Gerbasi. Constantes que reaparecen ahora en *Los colores ocultos*. El es suma y reiteración; o mejor: compendio de anteriores reiteraciones; algunas de ellas: telurismo identificado con el origen familiar, vitalidad de lo natural (panteísmo, casi), dignidad y pureza de lo sensorial. Para Gerbasi el poema es una manera de indagar sobre su propia circunstancia; también sobre el pasado, el origen (confundido, casi, con lo cósmico). En el poema "Los huesos de mi padre" se identifican como una continuidad el Yo del poeta y la desaparecida figura paterna: "Los huesos de mi padre sueñan/ con su color de marfil/ y se van pareciendo a mis propios huesos/ hechos de silencio eterno". Gerbasi identifica la figura del padre con Canoabo, el pueblo de su nacimiento (en ambos, padre y pueblo, coincide la misma idea: representar lo original, lo primigenio): "Los huesos de mi padre se perdieron/ en el osario común/ de Canoabo".

En otro poema Gerbasi alude a cierta idea de fraternidad universal. Bajo inspiración de ética cristiana, el poeta descubre en la compasión por el dolor ajeno una posible forma de remisión. El dolor del hombre es aquí —casi a la manera de César Vallejo— un dolor universal. La gratitud es la paradójica deuda de quien

da la limosna hacia quien la recibe: "El que tiende la mano/ para pedir limosna/ (...)/ Lo hace por nosotros, porque su mano es la nuestra/ que viene pidiendo de puerta en puerta/ de santuosas ciudades". La comunicación con el que sufre lleva a Gerbasi a condolerse con las víctimas del mundo. En "Los condenados a muerte" hay una referencia al dolor del condenado como una suerte de plenitud. La lucidez de quien va a morir es, siempre de alguna manera, mayor. "Quien va a la muerte/ deshoja los árboles/ en el último instante". La comunión entre naturaleza y hombre sugiere otra posibilidad repetida en varios textos: el panteísmo. La naturaleza recibe la mirada interrogativa de los hombres. Ella posee respuestas. Gerbasi de alguna manera altera el orden de la relación hombre-universo. Las cosas no existen porque las percibo; ellas son parte de lo humano. Están en nosotros mismos. Los objetos se antropomorfosean ("si los árboles han soportado/ tanta soledad de estrellas"). La conclusión del poema "Ventana" conjetura la posibilidad de un mundo cercano con el que la comunicación es siempre posible. Dependerá del hombre el que esa comunicación pueda o no darse: "Brilla el universo/ mientras mi ventana/ permanece cerrada". Las imágenes empleadas en ese mismo poema reproducen la admiración del

poeta por una realidad con la cual desea (con)fundirse: "Vengo de las grandes hojas de Ocumo/ abiertas de mariposa/ con colores de ojos/ Vengo de los cacao-tales/ de frutas moradas/ entre flores y paujiles/ (...)/ Vengo de los naranjales/ que inician la penumbra/ con el canto oculto de las aves". Distintas referencias van ordenando "Ventana" (quizá el poema más logrado de todo el libro): la infancia, la naturaleza, lo religioso. La religión concluye el sentido de los versos. En persuasivo fervor místico, se sugiere una imagen agónica que desdice de la inocencia inicial: "Y allí, solo, un Crucifijo/ iluminado/ por una lámpara de aceite./ Gotea sangre/ de sus heridas./ Gotea sangre/ en mi insomnio". Religión emparentada con lo ingenuo y lo sencillo: tales son los signos que el poema revela como indisociados de la propia infancia. Al tema de la pureza infantil; o mejor: correspondiente a una estética encargada de recuperar cierta sencillez casi infantil, corresponde el poema "Cerámicas". En él una mirada sencilla resalta sensaciones igualmente primarias. Colores y formas van articulando los versos: "El ánfora luctuosa/ de azul oculto./ El cenicero violeta del olvido./ Y los destellos/ de terracota con limones/ y granadas abiertas/ en sus luces de gemas".

El último momento de *Los colores ocultos* lo com-

ponen escasos poemas que Gerbasi agrupa bajo el genérico título: "De otras geografías". El tema de la muerte en el poema "Petra" llama inmediatamente mi atención. De los otros, "Espejismo" y "Saga" me parecen interesantes en su esfuerzo de síntesis históricas y geográficas. Ellos insinúan dos universos: el islámico —"Espejismo"— y el germánico —"Saga"—. El primero es una evocación, apenas fugaz: "Los que se detuvieron en sus camellos/ a orillas del espejismo/ vieron en la colina/ volar un jinete/ entre casas blancas/ hacia el cielo". "Saga", por el contrario, afirma un contenido épico al interior de la anécdota (comienzos de la utilización del fuego por una primitiva tribu germánica). En los dos poemas, sin embargo, lo más llamativo

son los signos que, sucintamente, identifican universos opuestos. "Petra", poema dedicado a las ruinas de la antigua capital idumea, es una metáfora de la muerte:

"Petra, eres semejante a la tumba de la muerte/ (...)/ (Viajero, si vas a Petra/, cuidate de la muerte)/ En Petra está muerto el tiempo". Se repite la imagen de la muerte en diversos poemas; reiteración tal vez próxima a ese sentido cósmico tan arraigado en el libro. En esta perspectiva, la muerte es contemplada sin temor o excesivo fervor; es apenas otra posibilidad en el destino universal.

La obra de Gerbasi se destaca en su persistencia. Obras como *Bosque doliente* (1940), *Mi padre el inmigrante* (1945), *Los espacios cálidos* (1952), *Tirano de sombra y fuego* (1955) son hitos en la fructífera continuidad a la que ahora añadimos *Los colores ocultos*.

Gerbasi ha construido —y quizá sea una de las cosas más meritorias que puede decirse de un poeta— una expresión que le es propia, que lo identifica. Hay una poética "gerbasiana" elaborada sobre ciertas y peculiares metáforas en torno al universo y al hombre.

Con su último libro Vicente Gerbasi demuestra que tiene todavía muchas cosas por decir, que elude el silencio. Lo deplorable es que sea el silencio quien haya salido al paso del libro y que éste no haya recibido más comentarios; esa era sin duda la menor de las gratificaciones que él hubiera debido merecer.

Rafael Fauquió

Vicente Gerbasi  
LOS COLORES OCULTOS

